

MEDICAMENTA



REVISTA DE ESTUDIOS
Y TRABAJOS PROFESIONALES DE CIENCIAS MEDICAS



DIRECTORES

Prof. Dr. EDUARDO GARCIA DEL REAL Prof. Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO
Catedráticos de la Universidad de Madrid. De la Real Academia de Medicina. Instituto de España.

Redacción y Administración: Ríos Rosas, 37. Madrid. - Teléfonos 24 22 63, 24 22 62 y 24 22 61.

Editada por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. Sección de Información científica y propaganda.

Fechas periódicas de aparición: 1 y 16 de cada mes. Franqueo concertado. Número suelto, 1,50 ptes.

TRABAJOS ORIGINALES

DE MINIMIS CURO...

«EL DOCTOR PORTUGUÉS» EN ALCAIÁ DE HENARES. GALLOS Y GALLINAS EN LOS DOCTORADOS COMPLUTENSES. COSTUMBRES DE HACE CUATRO SIGLOS

por el

Profesor Dr. ALBERTO DA ROCHA BRITO
Catedrático de Clínica Médica de la Universidad de Coimbra.

Al Profesor Lain Entralgo.

En las noches de insomnio, cuando las horas transcurren lentas e interminables, acostumbro a leer, a modo de hipnótico, viejos papeles sueltos y recortes de periódicos y revistas que suelo guardar en el cajón de las antiguallas. Sin embargo, esta vez fracasó el remedio, pues aquel papel, al parecer insignificante, adquirió de repente, en el silencio de la noche sin fin, un valor que hasta entonces no le diera, al intrigar y sorprenderme. Decía así:

«El doctor portugués.

»El día veinte y siete del mes de octubre del año 1550 el señor licenciado Vallés, colegial teólogo, hizo acto público en el aula de Medicina, esto es, la tentativa en la facultad de Medicina, siendo presidente el señor doctor portugués...»

El «licenciado en Artes» era, ni más ni menos, que el celeberrimo Francisco Vallés de Covarrubias, que fué después profesor en la Facultad de Medicina de Alcalá, apodado el *Divino Vallés* en homenaje a su talento y sabiduría. El *doctor portugués* era nuestro compatriota Fernando Lopes.

En el mismo documento se leía esta nota:

«Doctorado del gran cirujano español del siglo XVI Francisco Díaz.

»Die vigesima septima Decembris anni M.D.LVI a nativitate in theatro collegii hora tertia post meridiem dominus licenciatus Francisco Díaz recepit gradum doctoris in medicina a domino doctore Ludovico de la Cadena abbate complutensis cancellario universitatis et fuit gallus doctor Marcus de Benavente et gallina doctor Cellada et dedit el insignias doctor dominos Sanctius Petrus decanus medicinae. Assistentes domino rectore et bachallarius Vega, Mena, Vallés et Ramirez Herrera et aliis et bedelis referente Agramonte.»

Y en vez de conciliar el sueño, lo ahuyentó el extraño papel. Además de lo que ya sabía acerca del «doctor portugués» por los trabajos de nuestro inolvidable compatriota Maximiano de Lemos, profesor insigne que fué de la Facultad de Medicina de Porto, aquel apunte me revelaba algo nuevo, y lo que, sobre todo, excitaba mi curiosidad era la presencia del gallo y la gallina en un acto de la categoría de un doctorado en la Universidad del Cardenal Cisneros. Acudí inmediatamente al estante en que guardo el bello libro del eminentísimo Obispo de Sigüenza don Luis Alonso Muñoyerro sobre *La Facultad de Medicina en la Universidad de Alcalá de Henares*, que acababa de adquirir, seguro de encontrar satisfacción a mis deseos. No me engañé. Leí el libro desde la primera hasta la última página, y de todo cuanto me enseñó tan deliciosamente sobre la famosa Universidad renacentista sólo me referiré a lo que se relaciona con nuestro asunto.

Principiemos por investigar el papel que desempeñaba el gallo, el garboso rey de nuestros corrales, que el luminoso Apolo no desdenaba de tener a su servicio, símbolo de la raza francesa, inmortalizado por Edmond Rostand en su *Chantecler*, y que el Cardenal Cisneros hace cantar en los doctorados de teólogos y médicos. Después veremos el de su consorte, la gallina, no tan imponente, aunque más sabrosa en los caldos, que, según el vulgo, nunca sientan mal a los enfermos, pero que no es verdad, según la Medicina de hoy...

En tal ocasión y lugar, el gallo era solamente un símbolo, título o epíteto que se daba al orador nombrado por la Facultad de Medicina (o de Teología), tal vez elegido por el que se doctoraba, para hacer su discurso panegírico. El orador era siempre un doctor médico (o teólogo), y su arenga no debía exceder de media hora, incluyendo las preguntas que dirigía a...



la gallina. Por su pomposa oratoria recibía el gallo la cantidad de doce reales, cantase afinado o desafinado (perdón; discursease bien o mal). Hemos de convenir en que no estaba del todo mal escogido el símbolo, dada la analogía que existe entre el canto del gallo y el tal discurso encomiástico. El gallo, anunciando con su voz cristalina de tenor desde lo alto del gallinero la alborada y la ascensión del sol sobre el horizonte, ¿no se parece al orador leyendo desde lo alto de la tribuna su oración altisonante, que proclamaba *urbi et orbi* el despuntar de un nuevo astro en el firmamento de las ciencias médicas? No sin razón los arquitectos consideran al gallo como símbolo de los predicadores y de la vigilancia cristiana.

Salta a la vista todo este simbolismo en la brillante ceremonia del paraninfo. En cuanto a la gallina, también es simbólica. Otro doctor en Medicina contestaba en tono igualmente elogioso a las cuestiones planteadas por su compañero. Como sus funciones son menos brillantes, no recibe gratificación, cosa que en realidad me parece injusta. El doctor que hacía de gallina era siempre más joven que el que hacía de gallo. En los libros de actas de la Facultad se registran no pocos casos en que determinado doctor fué primero gallina y después gallo..., sin necesidad de recurrir a la hormonoterapia. No habla, pues, nada despectivo en el papel de gallina; ya le llegaría el turno de pasar a ser gallo. El doctor Fernando de Mena, uno de los profesores más eminentes de Medicina de la Universidad de Alcalá, desempeñó el papel de gallina en el doctorado de Marcos Benavente, en el que *respondit ut gallina* al doctor Cristóbal de Vega, que *cantó* de gallo. Tal vez aquí no se emplee el verbo cantar solamente en sentido figurado, pues en el doctorado del citado Fernando de Mena, los doctores Cristóbal de Vega y Rodrigo Carrillo, otro insigne ornamento de la Facultad,

exercuerunt actum gallicinii,

es decir, según la traducción de don Luis Muñozerro, cantaron como los gallos. ¿Será solamente un simbolismo, o llegarían a cantar como los gallos en medio de su entusiasmo? La pregunta queda sin respuesta. También nuestro *doctor portugués*, que vimos había presidido el bachillerato del *Divino Vallés* hizo de gallina en el doctorado de Marcos Policiano, el 6 de diciembre de 1545:

«Dióle la borla y el grado de Dr. el Sr. Luis de la Cadena, Abad de Alcalá, Chanciller de la Universidad, y las otras insignias las dió el Dr. León su padrino, Deán de la Facultad de Medicina, siendo gallo el Dr. Marcos de Benavente, Médico, y gallina el Doctor portugués, asimismo Médico.»

Este «doctor portugués» que Maximiano de Lemos identificó con el doctor Fernando o Fernán Lopes, y así lo confirman los documentos publicados por don Luis Muñozerro, recibió los grados de licenciado y de doctor en Alcalá de Henares; pero ignoramos dónde estudió y en qué Universidad portuguesa o española tomó el grado de bachiller. Recibió el de licenciado el 22 de noviembre de 1545, y el de doctor el 14 de diciembre del mismo año, lo que prueba que Fernando Lopes, llegado a la mayor altura de su carrera universitaria, supo honrar el nombre de Portugal, que siempre hizo constar orgullosamente en cuantos documentos hubo de firmar.

He aquí las copias de los documentos, que debo a la amabilidad del ilustre director del Archivo Histórico Nacional de Madrid, don Benito Fuentes e Isla:

Dom. 22 Novembris 1545.

Licentiati in Die vigesima novembris anni supra-Medicina Mar-dicti in ecclesia collegiata Sanctorum chus de Bena-Justi et Pastoris hora quarta post me-vente y Ferdi-ridiem, adepti sunt gradum licentie in nandus Lopez Medicina ut moris est Bacchalaris Marchus de Benavente Complutensis, et Bacchalaris Ferdinandus Lopez Lusitanus, praesentibus ibidem Magnificis Dominis Magistro Georgio Gençor Rectore, et Doctore Roderico Capata Capellano Majori et Canonico toletano vicarioque complutense pro nunc Cancellario hujus Universitatis et Dominis Doctoribus Didaco de Leon, Cristoforo de Vega, Gasparo de Sancto Petro, Ferdinando Diaz de Herrera, etc.

Lun. 14 Decembris 1545.

Doctor in Me- Die quatuordecima decembris anni dicina Ferdi-supradicti hora undecima ante meri-andus Lopez-diam in theatro, etc. Ferdinandus Lopez Lusitanus, promotus est ad gradum doctoratus in medicina ut moris est, praesentibus ibidem magnificis Dominis Rectore et Cancellario supra-dictis (1) et Domino Doctore Didaco de Leon Decano Facultatis Medicinae, insignia doctoralia conferente, et Doctore Francisco Franco cantillenam galli canente et Doctore Gasparo de Sancto Petro ad gallicinium respondente, etc. ut moris est, et Licenciato Alfonso de Ricafuente Apostolico Notario, etc.

En este instante cayóseme de las manos el libro de Muñozerro, no por actuar de hipnótico ni mucho menos, sino porque me encontraba agotado de cansancio. Invadióme un sueño reparador y me encontré sumergido en un pasado de cuatro siglos atrás, pues soñé que asistía el 14 de diciembre de 1545 a las ceremonias doctorales de nuestro compatriota.

Fué un sueño maravilloso, perfecto, con principio, medio y fin, sin simbolismos, sin *travestis*, sin complejos freudianos. Viejo amigo y admirador de Fernando Lopes, me incorporé a la turbamulta del cortejo y asistí al vistoso ritual con que el Renacimiento embellecía sus festividades universitarias. Por mucha que sea su carga emocional y su poder descriptivo, no pueden traducir las palabras el color, el movimiento, el entusiasmo y algazara que reinaban en todas las ceremonias y ritos soñados. Con sólo mi evocación, mal podéis imaginaros lo bellas que serían.

El día anterior al doctorado, y, por lo tanto, el 13 de diciembre de 1545, que cayó en domingo, celebráronse las vísperas, anunciándose con anticipación de veinticuatro horas que iba a concederse al licenciado Fernán o Fernando Lopes el solicitado grado de doctor en Medicina, conforme se lo había pedido al rector y al Claustro, según su puesto en el «Rótulo». Allí estábamos muy atentos, en nuestro rincón del teatro o paraninfo, para no perder ni el más pequeño detalle de la magnífica ceremonia.

El cancellor, o Dom Abad, principió por plantear una pregunta al estudiante designado para tal papel por el presidente, a la que el escolar respondió con aplomo. Esta pregunta se llamaba la «expectativa», porque su objeto era «esperar que los invitados y público se fuesen acomodando», pues eran muchas las personas que querían homenajear con su presencia al «doctor

(1) En el primer asiento del mismo folio: «... Georgio Gençor Rectore et Doctore Ludovico de la Cadena Abbate Complutense hujus Universitatis Cancellario...»

portugués». Era, pues, la expectativa en el fondo un acto de cortesía, y por eso se llamaba también «política».

Al discurso del estudiante siguió otro de un doctor o bachiller, no lo sé de cierto, sobre un asunto de su especialidad, terminado el cual, Fernando Lopes se levantó y pronunció en elegante latín, o por lo menos así me lo pareció, una oración en la que trató de «materia grave y magnífica», como convenía a solemnidad tan austera y grandiosa.

Seguía luego el número más curioso, inesperado y desconcertante de la ceremonia, el imponente y majestuoso acto llamado *vejamen*, que también tenía lugar en la Universidad de Coimbra: se levantaba otro orador, ahora nada menos que un doctor en traje académico, magnífico, con la muceta de seda y terciopelo sobre los hombros y el birrete de borla en la cabeza, y con voz alta y campanuda pronunciaba un discurso humorístico, jocoso, veladamente irónico o francamente sarcástico, con chistes y piropos para el doctorando y hasta para otra persona a quien ninguna gracia le hizo. A medida que el orador proseguía con sus donaires, mezclados con muchos versos, pellicando a éste, mordiendo al otro, recordaba yo que nuestro don Manuel I, *el Venturoso*, recomendaba en los Estatutos de 1504 que tales dichos graciosos no fuesen «de sentir». A juzgar por la risa forzada del portugués, esta vez sí eran de sentir, y «quien no siente, no es hijo de buena gente» (1).

Después me incorporé a la turbamulta del «paseo» para recorrer calles y plazas de la alegre y pequeña ciudad. Iba a pie con el grueso de los estudiantes y colegiales de la Madre de Dios, de San Ildefonso, del Trilingüe, de los Colegios Menores; pero el rector, el canciller, el decano de la Facultad, el doctorando y todos los graduados iban a caballo, ostentando sus togas y sus insignias, cortejo multicolor, que marchaba al son de los caramillos, chirimías y atabales. Allí vi a Fernando Lopes muy contento, después de haber distribuido a cada uno de sus invitados «una libra de mazapán, otra de dulces y otra de diacitrón».

Al día siguiente, que era lunes, fui de los primeros en entrar en el teatro o paraninfo para asistir a toda la ceremonia del doctorado. Era las once de la mañana. No ocupé los lugares reservados para los universitarios e invitados, y perdido entre la multitud de estudiantes, salí ganando, pues pude oír muchas agudezas y curiosos comentarios. Era digno de verse el paraninfo, repleto de doctores en traje académico,

(1) Por causa de estos excesos—no todos tenían la lengua templada—fue sustituido el *vejamen* en la reforma de Medrano (1666) por unas octavas en verso, que eran recitadas por un doctor mayor y otro menor. En un doctorado en Teología, al que asistieron Felipe III, la reina y muchos hidalgos, el doctor Zapata, a cargo de quien corría el *vejamen*, hubo de flagelar a la Facultad de Medicina en los siguientes términos:

«Esta acción que yo ejerzo es muy dificultosa, porque no escriben de ella los autores, ni se encuentra así como quiera el camino para dar gusto sin hurgar en faltas ajenas, y atendiendo a esto, la Universidad siempre ha ordenado hasta hoy que delante de los reyes dieran médicos los vejámenes, y estaba bien acordado; porque, Señor, no importa que un médico se pierda, que diga un disparate, que parezca necio o injurioso o que se lo lleve el diablo; sería un médico menos, sin importarle nada a los demás; pero que se ponga en peligro el honor de un doctor teólogo, luz del mundo, sal de la tierra..., es una gran resolución...»; entrevarando redondillas como ésta:

«Cuéntase de la lechuzca
que, riñendo con la urraca,
metió el pico en una alcuza,
y nació un pie de albahaca.»

Estoy convencido de que este Zapata debía favores a los médicos, para no constituir una excepción a la regla de los maldicientes.

mucetas y birretes, y las altas dignidades con sus trajes de ceremonia. En el fondo del paraninfo, adornado con sedas y terciopelos, presidía en un estrado el canciller, que era el Dom Abad de la iglesia magistral complutense, doctor Luis de la Cadena, quien tenía a su derecha al rector, Jorge Gensor, y a su izquierda, al decano de Medicina, Diego de León. A un lado y otro sentábase, por el lado derecho, los doctores en Cánones y en Medicina, además del conservador, el corregidor, hidalgos y personas importantes; y por el izquierdo, los doctores en Teología y en Artes, muy numerosos, ocupando cada uno el puesto correspondiente a su antigüedad.

¡Qué espectáculo tan lleno de color! Mucetas y borlas amarillas de Medicina, verdes de Cánones, blancas de Teología, azules de Artes, rojas de Derecho, todo dentro de un máximo orden preestablecido, que mantenía rigurosamente el maestro de ceremonias, bajo pena de pérdida de propinas a los transgresores.

De repente cesan los rumores y sucede un silencio religioso. Entra el candidato Fernán Lopes, con toga y muceta amarillas, pero descubierta la cabeza, acompañado del bedel y de la comitiva de amigos e invitados que lo fueran a buscar a su casa.

Y entonces vi levantarse al gallo, un doctor de muceta amarilla, que era el doctor Francisco Franco, futuro catedrático de Medicina en la Universidad de Coimbra, con su borla del birrete, que semejava una cresta, y pronunciar durante media hora un vehemente elogio de nuestro compatriota, diciéndole versos y dirigiéndole preguntas al otro doctor más joven que hacía de gallina, y que era el doctor Gaspar de San Pedro. En cuanto el gallo dejó de... hablar, levantóse la gallina y respondió con mucha gracia a las preguntas del compañero, elogiando también al doctorando, aunque en tono menos grave. En seguida prestó juramento Fernando Lopes, y al decirle el canciller:

«Accipe igitur, ut facias fidei professionem», el doctor portugués, de rodillas en el suelo, pronunció su profesión de fe.

Llegó luego el momento culminante, tan ardientemente deseado por Fernando Lopes: la imposición de insignias y colocación del grado.

Colócale el canciller el birrete con la borla amarilla en la cabeza, símbolo de la corona de laurel, y concédele el ansiado grado, encargando al padrino, que era el decano de Medicina, le entregue las insignias doctorales. Entrególe éste solemnemente el libro, diciendo:

«Recibe el libro de Medicina, primero abierto y después cerrado, para que constantemente sustentas la noción de las palabras, su valor, propiedades y significación, y los enseñes a los demás»; el anillo después, con estas otras:

«Toma el anillo de oro como si fueses esposo de la Medicina, en señal de nobleza, conquistado a costa de tantas vigiliass y esfuerzos, y para que puedas sellar y confirmar tus respuestas»; al cubrirle la cabeza con el birrete, añade: «Vuelvo a darte la borla que ya recibiste, pues te es debida como excelsa corona»; y al invitarle a sentarse en la *cátedra doctoral*, le dice:

«Concedidas estas insignias, sube a la cátedra superior y nunca olvides que los doctores no serán dignos de los honores de la cátedra sino después que hayan demostrado a las personas de bien que han llevado y continúan llevando una vida honrada, y que además de pericia en la enseñanza poseen elocuencia en el decir, sutileza en el interpretar y abundancia en el saber.»

Y, por último, al entregarle los *guantes*, profiere estas palabras:

«Toma los guantes, no sólo en señal de caballero,

sino también para que en la explicación de los libros y en el desempeño de tu cargo te conduzcas siempre con integridad y rectitud.»

Seguíanse los abrazos entre el nuevo doctor y el canciller, rector y decano, sentándose Fernando Lopes al lado de los dos primeros. El doctor portugués da gracias a Dios, al canciller, al rector y a todos, al mismo tiempo que el bedel distribuye en su nombre guantes, birretes y dulces. También a mí me tocaron de éstos, y cuando los saboreaba me despertó la criada, que me traía el café con leche. Siguió a la dulzura del sueño la amarga realidad, amarga porque era escaso el azúcar del desayuno. Pero la jornada luso-española, como ahora decimos, había sido magnífica.

¿En qué parte de Portugal habría nacido nuestro doctor?

Recuerda Maximiano Lemos que tal vez en Beja, por existir en la colección de documentos de Don Juan III una carta fechada en Evora el 25 de febrero de 1555 autorizando a ejercer la clínica a un tal Fernan Lopes (sin doctor...), y natural de Beja. No es verosímil que en la carta se omitiese el título de *doctor*, como tampoco lo es el que hasta pasados diez años del doctorado no hubiera querido ejercer su profesión en Portugal.

Más probable es que fuese de Porto, pues en el año 1540 se matriculaba en la Universidad de Coimbra, en Dialéctica, un escolar llamado Fernan Lopes, de Porto, hijo de Mestre Iñigo, de Porto, sin que en adelante figurara su nombre en los asientos de matrícula. Escribió el bedel a este respecto:

« *fernao lopes do porto filho de Mestre Igniguo do porto aos XII dias de Novembro et juravit.*»

De ser éste el futuro *doctor portugués*, ignoro por qué razones fué a estudiar a España, ni qué Universidad de este país frecuentó; pero sé que desde 1540, fecha de su matrícula en Dialéctica, hasta 1545, fecha de su doctorado en Alcalá—cinco años—, tuvo tiempo para todo, siendo como fué un estudiante de primera. Tal vez en la voluntad del joven estudiante imperase el deseo de ganar tiempo, pues en la Universidad portuguesa la carrera era más larga que en cualquier Universidad española. Por aquella época se hacía en la de Alcalá el bachillerato médico en dos años, con cuatro lecciones diarias, leídas y comentadas por dos catedráticos en los libros de Avicena, Galeno e Hipócrates.

Después de las fiestas a que asistimos, nuestro *doctor portugués* no se durmió sobre los laureles, sino que continuó honrando su nombre de doctor portugués, como vamos a ver al resumir brevemente lo que nos cuenta Maximiano Lemos en su *Historia de la Medicina peninsular*.

Frecuentó la corte de España, donde conquistó la estimación y el favor de Felipe II, gracias a su talento y tacto clínico. En carta dirigida al rey Don Sebastián por Juan Pereira Dantas, el 12 de julio de 1559, refiere este diplomático que Vesalio y Fernan Lopes, el portugués, enviados por Felipe II, que entonces se hallaba en Flandes, formaron parte de la Junta médica encargada de observar y tratar al rey de Francia Enrique II, gravemente herido en la ca-

beza de una lanzada que recibió en el célebre torneo en que perdiera la vida.

No era, pues, un cualquiera este Fernando Lopes, que, junto con el célebre médico de Bruselas, eligió Felipe II para conferencia de tanta importancia, puesto que Enrique II era padre de Isabel de Valois, futura reina de España por su matrimonio con el que han llamado *Demonio del Mediodía*.

Daza Chacón también describió el episodio, aunque, para despreciar al doctor portugués, le llama *cirujano*, que andaba por la corte y hacía de alcalde «por falta de hombres buenos»; y añade que Vesalio, en esa famosa conferencia, habló con facilidad, en espléndido latín, al paso que nuestro compatriota, porque el poco latín que sabía era muy bárbaro y no entendía el francés, comenzó por hablar en su lengua, como si los franceses hubieran estado en Portugal mucho tiempo, y acabó mezclando el latín con el portugués, por lo que «era mejor que se hubiera estado callado». *Invidia medicorum*. Pero Daza tenía sus motivos para estar resentido con el colega, como vamos a ver.

Cuando la princesa Doña Juana, viuda del príncipe heredero del trono de Portugal y madre del *Deseadado*, fué a Toledo el 2 de febrero de 1560, para servir de madrina en el casamiento de su hermano Felipe II con Isabel de Valois, llevó en su comitiva al doctor portugués y a su camarera doña María Leite, a quien estimaba mucho, porque esta señora portuguesa le crió su hijo. Doña María cayó gravemente enferma y fué tratada por el licenciado don Juan de Almazán y por el doctor Ramírez. Sobrevino una parotiditis, y fué llamado Daza Chacón, que quedó muy sorprendido al ver al doctor portugués junto a la enferma, y más sorprendido aún al oírle que la doliente iba a morir, como así ocurrió días después, a causa del tratamiento que Chacón le administraba, opinión también compartida por Almazán y Ramírez. Quedó también espantado porque el médico portugués lo había así afirmado de modo que pudo ser oído por la princesa. No cabe duda que Fernando Lopes fué incorrecto, y de ahí la animadversión de Chacón y el que no le respetase.

Pero aún hemos de referir un episodio de gran interés. Trátase, ni más ni menos, que del célebre accidente que costó la vida al príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II. Estaba en Alcalá de Henares el 19 de abril de 1562, cuando se cayó, dando con la cabeza contra una puerta, de lo que resultó una extensa herida. En cuanto supo lo ocurrido, Felipe II ordenó al doctor Gutiérrez que marchase inmediatamente a Alcalá llevando consigo al doctor portugués y a Pedro de Torres. Hallándose todos reunidos, preparábase Daza para curar la herida, cuando el ilustre enfermo le dijo:

«Licenciado Daza, yo desearía que me tratase el doctor portugués; pero no os disgustéis por esto.»

Sin embargo, la verdad fué que se disgustó y nunca perdonó al portugués la preferencia... princesa, demostrándolo bien en sus escritos. En lo sucesivo ya no se encuentra rastro del *doctor portugués*, pero por lo que queda consignado puede probarse que fué personaje de cierta importancia.